

AL AMOR DE LA LUMBRE.



Desde la remota antigüedad las más humildes y antiguas viviendas de nuestros pueblos manchegos constaban de una única estancia, que servía para todo. Con dos partes, una para las personas y otra para los animales. Ambas contiguas. Había que aprovechar el calor de los animales. Poco a poco, fue separándose cada vez más la cuadra de la vivienda, y surgieron las habitaciones.

De la cocina, se dice que las más antiguas no tenían ni siquiera chimenea. Los hogares se ubicaban en el centro y para contener el fuego se utilizaron piedras de todo tipo e incluso redondas muelas de molino, ya deterioradas por el uso.

Un perito del siglo XVI escribía: *Las casas de los campesinos debían albergar “con utilidad” a la familia, el ganado y los productos del campo, por eso, hay que hacer una cocina grande, que no sea oscura, con horno y fogón, pozo y fregadero. Junto a la cocina habrá un cuarto para el cabeza de familia, con el cajón del pan, de la carne salada... las cosas indispensables para las necesidades diarias. Las otras personas de la familia se instalarán de modo que cada cual esté junto a sus cosas y listo para ocuparse de ellas.*

NOSTALGIAS DE ANTAÑO

Hubo de pasar no poco tiempo, hasta que el fuego del hogar fue encontrando su sitio en la pared. En un rincón, los más antiguos y centrados los posteriores. La lumbre en el suelo, en ocasiones sobre una piedra, apropiada, plana, *piedra lumbrera*, encajada en el muro. Por una hendedura vertical practicada en la pared, ascendía el humo. Pero la mayoría de las viviendas rurales carecían de chimenea, y el humo, en su salida, buscaba el camino de las tejas.

Entre los siglos XVI y XVII se difundió el uso y construcción de cocinas.



Primeramente, se decidió el encendido del fuego contra una de las paredes que daban al exterior de la cocina y en el interior de un hogar de piedra con una **chimenea** de fábrica que eliminaba el humo. Novedad que se difundió muy lentamente y, hasta el siglo XVIII, no se generaliza la construcción de chimeneas. Todavía a mediados del XVIII, hay familias que no la tienen: su casa es “*un cuarto de cocina sin chimenea*”, o, tiene “*cocina sin chimenea, con dormitorio y un patio*”.

Con el tiempo, las necesidades y el progreso las casas aumentaron de tamaño y ya se hicieron de dos plantas. La casa, y la **cámara**, o desván, bajo el tejado, *sin arreglar*. La techumbre eran las propias cerchas de madera, a la vista, con su entramado, el cañizo y las tejas curvas encima.



Las cámaras, en el segundo piso, disponían de estrechas escaleras y escalones empinados, para ahorrar espacio. Ocupaba todas o parte de las habitaciones de la planta baja. El piso solía ser de yeso y se destinaba para almacén. Allí se almacenaban las cosechas de cereales, la harina, *el salvao*, el aceite, las orzas con las conservas de la matanza, el tocino y los jamones, calabazas, patatas y cebollas, y racimos de uvas, colgados de clavos en las vigas de madera, manojos de picantes, horcas de ajos... También la artesa de amasar, escobas, cestos y canastas.

Sin descartar su uso como habitáculo para las personas. No era raro que en algunas casas, los mozos durmieran en la cámara, como otros lo hacían en el camastro de la cuadra.

NOSTALGIAS DE ANTAÑO

LA COCINA



En las tierras manchegas, era la habitación principal, por lo común, la mayor y la única que disponía de algún tipo de calefacción, la lumbre.

Era la cocina la pieza más importante del interior de la casa. Una sala-cocina, amplia y luminosa, en cuyo fondo se extendía el “**humero**” o chimenea, el fogón, donde se echaba la lumbre, era protagonista de toda la sala. Los inviernos crudos se pasaban *a la par* de esa lumbre primigenia que ayudaba a soportar los rigurosos fríos y hielos.

En la cocina *se hacía vida*. Allí se cocinaba, se comía, se hablaba del tiempo en el campo, se contaban historias al **orete** (calor) de la lumbre,... Era, pues, el centro neurálgico de la casa. Porque, la lumbre de la chimenea presidía toda la actividad diaria de la casa.

Y *a la par de la lumbre*, los *días de temporal*, se habla del campo, de lo que pasa en el pueblo, de enfermos, de los que se han muerto,... y, *si ocurre*, hasta se asa un choricillo o una morcilla en papel de *estruza*, entre la ceniza, para tomar con un vaso de vino.

Y en las frías noches de invierno, reunía a su alrededor a toda la familia y algún vecino, donde, asando castañas o bellotas, unas patatas o pelando pipas, pasaban *la sanochá* contando historias, mientras los pequeños dormitaban en el **halda** de su madre.

NOSTALGIAS DE ANTAÑO

Sobre una plataforma de barro o piedra se disponía el hogar, la lumbre. A su lado las tenazas y el tenazo para remover las brasas. En el fuego, las **trébedes** soportando las grandes ollas o los peroles sin patas, para hacer la comida. O, colgando de los ganchos, **llaes**, un caldero donde se calentaba agua para el uso de la casa, aseo personal, fregar, lavar,... Sartenes, peroles, calderos,... recios, de hierro.



La primera tarea del día era *echar lumbre*. Cada mañana se partía la leña en el corral y se colocaba en una espuerta de esparto en orden inverso a su posición en la lumbre. Era la tarea cotidiana que permitiría luego cocinar y calentarse,...



Se retiraba la ceniza, ya apagada, del día anterior. Se echaba después una media gavilla de sarmientos, unas *almorzás* de paja, para que ardiera despacito y se mantuviera todo el día; alguna cepa, unas tortas secas de girasol y, encendido un papel entre pajas y sarmientos, se le insistía con los fuelles para activar el fuego, hasta que la leña comenzaba a desprender un humo denso en medio del cual se iba abriendo paso, con la ayuda de los *fuelles*, una temblorosa llama.

Había que dejar abierta la puerta de la cocina para que *tuviera tiro* la chimenea, *so pena* de llenar la casa de humo. Y, aún así, había cocinas donde, por la mala ubicación del tiro, el humo,... se negaba a abandonar la cocina. Y hacía inevitables los lloros mañaneros.

Cuando la leña estaba verde, o cuando la humedad del ambiente, la nieve o la lluvia habían remojado la *cina* del corral, resultaba complicado encender la lumbre. Las ramas húmedas o poco secas llenaban la cocina de un humo agrio, que picaba en los ojos y se adhería a la ropa.

Ya lo dice la copla zamorana

El amor del estudiante
es amor inoportuno,
es como la leña verde
que llena la casa de humo.

Y había que ver cómo las amas de la casa se esmeraban, cuando tocaba la limpieza general, en pintar y delimitar lo que entonces se llamaba "el **humero**" que como se puede suponer era la parte por la que las llamas y el humo incidían de manera más notable: la parte oscura la rascaban y luego repintaban con una *tierra del humero* que sacábamos picando frente a la **granja de Pepito**, hoy, **de Fole**.

NOSTALGIAS DE ANTAÑO

En cuanto la lumbre prendida *daba la cara*, se arrimaba a las brasas el puchero de barro con las lentejas o el potaje para que, lentamente, cociese al amor del fuego.



Y junto al fuego, unas tenazas para arrimar las ascuas y un badil, (el **tenazo**) para mover la lumbre. Servían las **tenazas** para colocar los tizones y manejar la incandescente estructura de la lumbre.

Las **tenazas** debieron ser importante utensilio y muy considerado. Todavía se habla con orgullo *de las tenazas de mi abuela*. Instrumento original donde los herreros, solían dejar su firma en forma de retorcidos adornos, marcas florales o iniciales incisas.



Y dicen, los que saben de supersticiones y brujerías, que “Las tenazas sirvieron también como amuleto defensivo contra las fuerzas que el maligno podía enviar por la chimenea en forma de brujas o malos aires. Como sucede con otros utensilios del ajuar doméstico, que comienzan con la letra T, las tenazas antepusieron, en zonas del sur y el este peninsulares la partícula *-es* a su nombre, y se convirtieron en **estenazas**: al igual que decían **estijeras** por tijeras o **estrébedes** por trébedes. ASENSIO GARCIA, Javier / FRAILE GIL, José Manuel

Allí se colocan las trébedes, a la espera de la sartén donde probablemente, se harán unas migas. Peroles y sartenes tenían tres patas, para que se pudieran meter debajo algunos rescoldos. La misma misión hacían las **trébedes**, unos aros de hierro también con tres patas.



En algunas casas no se dejaba apagar el fuego en invierno. Durante el día, se iba retirando la ceniza y las ascuas se ponían en el brasero, que se colocaba debajo de la mesa camilla.

Por la noche, las ascuas caldeaban el **tumbillo*** o **calentador***, para poder meterse en las camas que, sin ningún tipo de calor cercano, se encontraban como húmedas.

NOSTALGIAS DE ANTAÑO



Los llamados ***calentadores**, eran una especie de sartén que se llenaba de ascuas y servía para calentar las gélidas camas o jergones del invierno.

Menos noble, el ***tumbillo**, era una especie de arca, de madera, y en su interior se colocaba una lata *de escabeche*, en la que se habían depositado las mejores ascuas de la lumbre.



Las chimeneas, de amplias dimensiones admitían una buena carga de leña y una vez acabada la elaboración de las comidas y guisos no era extraño que un gran tronco ocupara una buena porción del fogón incluso siendo necesario ir arrimándolo conforme el fuego desgastaba las partes en su contacto, con ello se conseguía, primero tener asegurada la lumbre un buen rato e incluso toda una noche.

No era infrecuente que la fuerza de las llamas llegara en algunos casos a prender las chimeneas por los propios humos sólidos acumulados

En casos así, era preciso tapar la boca de la chimenea desde el tejado con un saco o una manta empapada de agua. Así cerraba el tiro y las llamas se apagaban, quedando sólo el humo dentro de la casa.

Era imprescindible mantener la lumbre viva, para tener caldeada la estancia y para romper las tinieblas que surgían desde los rincones lóbregos de la cocina.

Pero, llegada la noche, y la hora de acostar, enterraba el ama de casa las ascuas vivas con la propia ceniza de la lumbre.

A la vez que medida de protección, evitando que una chispa fortuita pudiera provocar un incendio nocturno e inoportuno, permitía renovar el fuego por la mañana.

Nunca faltaba una vecina madrugadora que buscaba lumbre en casa ajena. Y, desenterradas las brasas, se le ofrecía un tizón encendido para, sin dejar de soplar, poder encender en su casa.

NOSTALGIAS DE ANTAÑO

Sobre el fuego del hogar, en el frente, la cornisa para depositar algunos utensilios culinarios o de adorno. A los lados, las **alacenas**.

Las **alacenas** de las casas antiguas, eran simples huecos abiertos en las paredes, cerradas con una puerta de madera enrejada en la parte superior, para permitir el paso del aire.



Los cacharros de cocina se disponían en **vasares**, o colgados de las paredes o se distribuían en las **alacenas**, de pared.

Fue en el siglo XVIII cuando las **alacenas**, como mueble, empezaron a formar parte de la decoración de la cocina. Se colocaron, primeramente, en los comedores por su proximidad a la mesa en la que se realizaban las principales comidas. Manteles, platos y cubiertos se sacaban del mueble antes de servir la mesa y se disponían directamente sobre la misma.

La **despensa** era el lugar donde se guardaba el menaje que aportaba la novia al matrimonio: sartenes, pucheros, perolas, cestas, cazos,... También se guardaban allí los cacharros más grandes: la alcuza del aceite o del vino, las perolas,... Y también el tocino, la cesta del pan,....

En el **comedor**, en lugar privilegiado estaba la mesa, donde todos comían en la misma fuente o sartén. Se apartaba de la lumbre, se **escullaba** (*escudillaba*. Del puchero, a la fuente) en una fuente adecuada, o en la misma sartén, y toda la familia, comía lo que hubiera.



Era una mesa de pino, con agujero para el brasero, sin barnizar. Se vestía con faldas, sobre todo en invierno, y tapetes hechos de ganchillo. A la hora de comer se ponía un mantel de hule que se mantenía enrollado sobre un palo redondo y guardado en

NOSTALGIAS DE ANTAÑO

la despensa. Si la mesa estaba en la cocina, el hule, con el mapa de España, era permanente.

No faltaba en ninguna cocina **la banca**, elemento antiguo, con frecuencia, herencia de padres, abuelos o bisabuelos, donde los mayores de la casa se echaban una cabezada al terminar de comer.



Puestos a la mesa, la banca era el sitio adjudicado a los mayores de la casa. De uso múltiple, **la banca**, cubierta de mantas o almohadones hacía las veces de cama, cerca de la lumbre, donde solía dormir alguno de los hijos mayores de la familia.

La loza y cristal, colocados en un aparador, con cajones para mantelerías o cubiertos.

Las sillas de indefinidos estilos y formas, descabaladas, casi siempre, por ser de varias herencias.

En muchas cocinas, se veían colgadas de las vigas del techo uvas, picantes, ajos, tomates, chorizos, morcillas, jamones,...



NOSTALGIAS DE ANTAÑO

DORMITORIOS.

En la mayoría de las casas había un solo dormitorio; dos, como mucho, a los que se accedía directamente desde la cocina. En muchos casos, sin puerta entre las dependencias. Un vano tapado con una simple cortina era la separación de las habitaciones.



Las camas, con cabecero y pies, eran muy altas, de hierro, doradas o mezcla de hierro y latón y, posteriormente, de madera, muy toscas algunas, pero otras con barrotes torneados y trabajos de marquetería. El somier, de muelles. Los colchones, de lana, aunque en las casas humildes eran de borra de algodón o incluso rellenos de esparto o paja. Los de lana necesitaban unas tres arrobas, para cama de matrimonio, y era muy laborioso su uso: lavarla, escardarla y varearla para ahuecarla.

Las mesillas de noche, eran altas, con patas muy finas y tapas de mármol, con cajón en la parte superior y puerta abajo para esconder el orinal.



Perchas de colgar, en las paredes, y palanganeros en las alcobas, de madera, con espejo, aro para la palangana, repisas para la jabonera, peines y demás objetos de aseo, y unos brazos para las toallas; debajo, un jarro de porcelana para el agua.



NOSTALGIAS DE ANTAÑO



Otros, más toscos, con soporte de hierro pintado y palangana, jarro y a veces cubo, todo en hierro esmaltado con porcelana.

Aunque las casas carecían de cuarto de baño y las necesidades se hacían en el corral, no faltaban en ninguna casa los orinales de loza o porcelana colocados debajo de las camas o en las mesitas.



Manuel Fernández Grueso.

Febrero 2014